

En la semana anterior habían derrotado a los indios, cogiendo al cabecilla, a quien habían obligado a la salida del pueblo.

Con estas noticias, lleno de miedo, procuré dormir, y á otro día á las seis de la mañana ensillé, y encomendándome á Dios de corazón, seguí mi marcha.

Como una legua ó poco más había andado, cuando ví afianzado contra un árbol y sostenido por una estaca el cadáver de un ajusticiado, con su saco blanco y montera adornada con una cruz de paño rojo, que le quedaba en la parte delantera de la cabeza sobre la frente, y las manos amarradas.

Acerquéme á verlo despacio; pero ¿cómo me quedaría cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver á mi antiguo é infeliz amigo Januarío? Los cabellos se me erizaron; la sangre se me enfrió; el corazón me palpaba rápidamente; la lengua se me hundió en la garganta; mi frente se cubrió de un sudor mortal, y perdida la elasticidad de mis nervios, iba á caer del caballo abogando en fuerza de la congoja de mi espíritu.

Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido, y haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco á poco de la turbación que me oprimía.

En aquel momento me acordé de sus extravíos, de sus depravados consejos, y de sus malas intenciones.



¿Cómo me quedaría cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver á mi antiguo é infeliz amigo Januarío?



sentí mucho su desgracia, lloré por él, al fin lo traté de amigo y nos criamos juntos; pero también le dí á Dios muy cordiales gracias porque me había separado de su amistad, pues con ella y con mi mala disposición fijamente hubiera sido ladrón como él, y tal vez á aquella hora me sostendría el árbol de enfrente.

Confirmé más y más mis propósitos de mudar de vida, procurando aprovechar desde aquel punto las lecciones del mundo y sacar fruto de las maldades y adversidades de los hombres; y empapado en estas rectas consideraciones, saqué mi mojarra, y en la corteza del árbol donde estaba Januario, grabé el siguiente

SONETO <sup>1</sup>

¿Conque al fin se castigan los delitos,  
Y el crimen siempre su cabeza erguida  
No llevará? Januario aunque sin vida  
Desde ese tronco lo publica á gritos.  
¡Oh, amigo malogrado! Estos distritos  
Salteador te sufrieron y homicida;  
Pero una muerte infame y merecida  
Cortó el hilo de excesos tan malditos.  
Tú me inculcaste máximas falaces  
Que mil veces seguí con desacierto;  
Mas hoy suspenso del dogal deshaces  
Las ilusiones. Tu cadáver yerto  
Predica desengaño, y las veraces  
Lecciones tomo que me das ya muerto.

<sup>1</sup> En el manuscrito que para esta edición se ha tenido á la vista, y de cuya autenticidad no se responde, aunque no faltan datos para crearlo del pensador, se halla el soneto corregido del modo que ahora se publica.  
Del mismo manuscrito se han tomado otras correcciones que se advertirán, si se compara esta edición con las anteriores.—E.



Concluído mi soneto, me fuí por mi camino encomendándolo á Dios muy de veras.

Procuré entrar en México de noche, paré en el mesón de Santo Tomás, cené, y estando paseándome en el corredor, oí llanto de mujeres en uno de los cuartos.

La curiosidad ó la lástima me acercó á la puerta, y poniéndome á acechar, oí que un viejo decía:—Vamos, hijas, ya no lloren, no hay remedio, ¿qué hemos de hacer? La justicia debió hacer su oficio, el muchacho dió en maleta desde chico, no le valieron mis consejos, mis amenazas ni mis castigos; él dió en que se había de perder, y por fin se salió con ello.

—Pero yo lo siento, decía una pobre vieja; al fin era mi sobrino.—Yo también lo siento, decía el anciano, y prueba de ello son las diligencias y el dinero que he gastado por librarlo; pero no fué capaz. ¡Válgate Dios por Enero desgraciado! Eh, hija, no llores; mira, nadie sabe que es nuestro pariente; todos lo tienen por huérfano de la casa. La pobre Poncianita ¡cuánto se avergonzará de este suceso! Pero al fin ya la muchacha es monja, y aunque se supiera su parentesco, monja se había de quedar. Encomiéndalo á Dios y acostémonos para irnos muy de mañana.

Acabaron de hablar mis vecinos y á mí no me quedó duda en que eran don Martín y su esposa. Yo me fuí á recoger, y á otro día madrugué para hablarles,

lo que conseguí con disimulo, conociéndolos bien y sin darme á conocer de ellos. Supe que habían venido de la hacienda y se iban á establecer á tierra adentro. Me despedí de sus buenas personas, de las que ya no he sabido. Es regular que hayan muerto, porque las pesadumbres, las enfermedades y los muchos años no pueden acarrear sino la muerte.

Fuíme á misa bien temprano; volví á desayunarme, y no salí en todo el día, ocupándome en hacer las más serias reflexiones sobre mi vida pasada, y en afirmar los propósitos que había hecho de enmendar la venidera.

Una de las cosas por donde conocí que aquel propósito era firme y no como los anteriores, fué que, pudiendo sacar algún dinero del caballo, manga, sombrero, sable y espuelas, pues todo era bueno y de valor, no me determiné, no sólo temeroso de que me conocieran alguna pieza, como me conocieron en otro tiempo la capa del doctor Purgante, sino escrupulizando justamente, porque aquello no era mío, y por tanto no podía ni debía enajenarlo.

Propuse, pues, conservar aquellos muebles hasta entregárselos al confesor, con intención de pagar las pistolas que vendí, siempre que Dios me diera con qué y supiera de su dueño.

Con esta determinación me salí cerca del anochecer á dar una vuelta por las calles sin destino fijo. Pasé



por el templo de la Profesa, que estaba abierto, me entré á él con ánimo de rezar una estación y salirme.

Estaban puntualmente leyendo los puntos de meditación: me encomendé á Dios aquel rato lo mejor que pude, y oí el sermón que predicó un sacerdote harto sabio. Su asunto fué sobre la infelicidad de los que desprecian los últimos auxilios, y la incertidumbre que tenemos de saber cuál es el último. Concluyó el orador probando que jamás faltan auxilios y que debemos aprovecharnos de ellos, temiendo no sea alguno el último, y despreciándolo, ó nos corte Dios los pasos cerrando la medida de nuestros crímenes, ó nos endurezca el corazón cayendo en la impenitencia final.

¡Pero con qué espíritu y energía esforzaba el orador estas verdades!

—La mayor desgracia, decía lleno de un santo celo, la mayor desgracia que puede acaecer al hombre en esta vida es la impenitencia final. En tan infeliz estado los cielos ó los infiernos abiertos serían para el impenitente objetos de la más fría indiferencia. Su empedernido corazón no sería susceptible del amor á Dios, ni del temor de la eternidad, y cierto en que hay premios y castigos perdurables, ni aspiraría á los unos ni procuraría libertarse de los otros.

Llovían sobre Faraón y el Egipto las plagas; los castigos eran frecuentes, y Faraón perseveraba en su

ciega obstinación, porque «su corazón se había endurecido,» como nos dicen las sagradas letras, *induratum est cor Faraonis*. Por tanto, oyentes míos, «si alguno de vosotros ha oído hoy la voz del Señor, no quiera endurecer su corazón;» si se siente inspirado por algún auxilio, no debe despreciarlo ni dilatar su conversión para mañana, pues no sabe si despreciando este auxilio ya no habrá otro y se endurecerá su corazón. *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra*, nos dice el santo rey profeta. Hoy, pues, en este mismo instante, debemos abrir el corazón, si toca á él la gracia del Señor; hoy debemos responder á su voz si nos llama, sin esperar á mañana, porque no sabemos si mañana viviremos, y porque no sea que cuando querramos implorar la misericordia de Dios, Su Majestad nos desconozca como á las vírgenes necias, y siendo inútiles nuestras diligencias se cumpla en nosotros aquel terrible anatema con que el mismo Señor amenaza á los obstinados pecadores. *Os llamé, les dice, os llamé y no me oísteis; toqué vuestro corazón y no me lo franqueasteis; yo también á la hora de vuestra muerte me reiré y me burlaré de vuestros ruegos.*

Por semejante estilo fué el sermón que oí y que me llenó de tal pavor, que luego que el padre bajó del púlpito, me entré tras él y le supliqué me oyera dos palabras de penitencia.



El buen sacerdote condescendió á mi súplica con la mayor dulzura y caridad; y luego que se informó de mi vida en compendio, y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me emplazó para el día siguiente á las cinco y media de la mañana, hora en que acababa de decir la misa de prima, previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincón obscuro de la sacristía. Quedamos en eso, y me fuí al mesón más consolado.

Al día siguiente me levanté temprano: oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entonces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesión general; que tenía una bella ocasión que aprovechar si quería, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él había de dar, y tenía proporción de que yo entrara si quería.

—Y cómo que quiero, padre, le dije; sí, á eso aspiro, á hacer una buena confesión.—Pues bien, me contestó; disponga usted sus cosas, y á la tarde venga; dígame su nombre al padre portero y no se meta en más.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré más contento que la noche anterior; aunque no dejó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo había preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al mesón, comí á la hora regular, pagué lo que debía, encargué mi caballo, dejando para su comida, y á las tres me fuí para la Casa Profesa.

